

Ganador

CURIOSIDAD DETENIDA

El cartel promete caprichos y delicias, dentro solo hay tiempo acumulado. La persiana nunca sube del todo, como si dudara entre proteger o mostrar. Hoy está más abierta: suficiente para ver el pan, las bebidas, la penumbra que respira. La tienda nunca cierra del todo. Aunque la persiana baje, algo queda despierto: el zumbido de la nevera, el neón que insiste, el olor a pan que no se rinde. El hombre pasa cada día; piensa en entrar, pero se queda en el umbral, donde el tiempo no decide. Dentro, alguien ha dejado la luz encendida para nadie. O para todos.

Finalistas

El batiburrillo de letreros y carteles amalgamaba sus propios significados en una clara semiótica común.

Al pasar la vio dentro y pudo imaginar la historia del pequeño local que nunca cerraba.

En el interior las almas gastadas reponían energía barata con las grasas de los

bollos procesados, el azúcar de los refrescos o las latas dopadas, para continuar la senda

de la noche.

O de la vida.

Quizá viviera allí recluida eternamente para no obligarse a proclamar los ocultos insultos

vociferantes que maleaban el barrio cuando bajaba la persiana.

Quizá si entrara...

Quizá si...

Miró la hora...

¡Vah!

Sigo las indicaciones de mi médico y salgo a caminar treinta minutos al día. Ni uno más, ni uno menos. Siempre atento a la respiración, al paso controlado, desatento al mundo exterior. Solo me permito una mirada fugaz sobre Conchita, la de los «platos cocinados»; una mirada descontrolada que siento recíproca. Viuda como yo, excelente cocinera, eso dicen todos. La mala suerte es no puedo entrar en su local. Mi médico insiste en la alimentación, «todo cocinado en casa, Ramón, que así controlas la sal». ¡Qué pena de sal, qué pena de Conchita, qué pena de una vida con control!